

Esta es una pequeña muestra del libro
La evangelización y la soberanía de Dios.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

LA EVANGELIZACIÓN Y LA SOBERANÍA DE DIOS

J. I. PACKER

PRÓLOGO POR MARK DEVER



Mientras lees, comparte con otros en redes usando:

#LaEvangelizaci3nYLaSoberan3aDeDios

La evangelizaci3n y la soberan3a de Dios

J. I. Packer

© 2026 por Poima Publicaciones

Traducido y publicado con su debido permiso del libro *Evangelism and the Sovereignty of God* © 2012 por InterVarsity Christian Fellowship/USA, 6400 Schroeder Rd., P.O. Box 7895, Madison, WI 53707-7895.

A menos que se indique lo contrario, las citas b3blicas han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Am3ricas* © 2005, por The Lockman Foundation. Las citas marcadas con la sigla RVC han sido tomadas de *La Santa Biblia, Reina Valera Contempor3nea* © 2009, 2011 por Sociedades B3blicas Unidas. Usadas con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicaci3n puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperaci3n, o transmitida de ninguna forma ni por ning3n medio, ya sea electr3nico, mec3nico, fotocopia, grabaci3n, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poima Publicaciones

info@poima.co

www.poima.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-965296-69-1

SDG

CONTENIDO

<i>Prólogo por Mark Dever</i>	5
<i>Prefacio</i>	9
<i>Introducción</i>	11
1. La soberanía de Dios	13
2. La soberanía de Dios y la responsabilidad humana	21
3. La evangelización	37
4. La soberanía de Dios y la evangelización	85
<i>Notas</i>	117

PRÓLOGO

Antes de que J. I. Packer se convirtiera en una figura destacada en el mundo evangélico tras la publicación de *Conocer a Dios* en 1973, ya había realizado aportaciones importantes para los lectores cristianos. Packer poseía un talento especial para abordar temas clave con brevedad y contundencia. Aquello que otros trataban en tomos pesados y tediosos, él lo exponía con total franqueza en pequeños volúmenes de apenas tres o cuatro capítulos. Su llamado ferviente a la “centralidad en Dios” —mucho antes de *Sed de Dios* de John Piper o incluso de su propio libro *Conocer a Dios*— fue el corazón de su breve introducción para la reedición de *La muerte de la muerte en la muerte de Cristo* de John Owen. Packer también hizo frente a la pérdida de fe en las Escrituras con el pequeño volumen “*Fundamentalismo*” y *la Palabra de Dios*. Y, en julio de 1961, apareció el libro que ahora tienes en tus manos: *La evangelización y la soberanía de Dios*.

Este título no solo resume el contenido, sino que es una invitación perfecta a la lectura. Su sencillez atrae a todo tipo de personas. ¿Te interesa la evangelización? Este libro se propone

explicar de manera directa qué es y por qué es necesaria, empleando términos simples pero teológicamente precisos. ¡Te ayudará a ser más eficaz al evangelizar!

¿Te interesa la doctrina de la soberanía de Dios? Entonces este libro es para ti. De manera sencilla pero fundamentada, Packer aborda una pregunta básica: “Si Dios tiene el control de todo, ¿por qué deberíamos hacer algo? ¿Por qué trabajar? ¿Por qué orar? Y, sobre todo, ¿por qué evangelizar?”.

Packer responde de una forma muy clara y bíblica, de modo que este libro resulta ideal para cualquiera que esté comenzando a enfrentarse a las dudas sobre cómo armonizar la soberanía de Dios con la responsabilidad humana. Con frecuencia he recomendado esta obra a cristianos fieles que se sienten confundidos al intentar comprender la oración, las misiones, las ofrendas o cualquier área en la que nuestros esfuerzos puedan parecer opuestos a la propia acción necesaria de Dios. Packer nos presenta verdades claras, maneja las Escrituras con un cuidado ejemplar y nos ofrece una dosis perfecta de ilustraciones y aplicaciones.

Asimismo, en este libro distingue con acierto entre antinomia y paradoja, y explica los contrastes sin buscar nunca ganar argumentos teológicos fáciles. Packer insiste en que la soberanía divina y la responsabilidad humana son doctrinas que no necesitan reconciliación; por el contrario, son —como él mismo las llama— “amigas”.

A través de estas páginas, Packer asume con amabilidad nuestro asentimiento mientras nos guía a dejar de lado viejas divisiones para considerar juntos, una vez más, la Biblia y al Dios que se revela en ella. Aunque fue escrito hace casi cincuenta años, este libro es atemporal. *La evangelización y la soberanía de Dios* surgió de una experiencia cristiana profundamente

PRÓLOGO

conmovedora y presupone en el lector ese mismo afecto por Dios. Aquí, la especulación se desvanece y la confianza aumenta. Y a medida que eso sucede, nos convertimos en evangelistas más fieles (¡y más constantes!).

Si quieres participar de esta experiencia, sigue el camino que tantos otros lectores —y muchos a quienes he regalado este libro a lo largo de los años, incluido yo— ya hemos recorrido: ora y continúa la lectura.

Mark Dever

Pastor principal, Capitol Hill Baptist Church,
Washington, D. C.

PREFACIO

La esencia de este escrito proviene de un mensaje impartido en la Pre-Mission Conference de la London Inter-Faculty Christian Union el 24 de octubre de 1959. El texto se ha ampliado con la esperanza de que resulte más útil, y su tono homilético se debe a su origen y al enfoque práctico del tema.

Para evitar malentendidos acerca de su propósito, conviene aclarar desde el principio lo que este libro no pretende ser.

No es un plan detallado para la acción evangelística contemporánea, aunque propone principios relevantes para orientar cualquier estrategia de evangelización.

Tampoco busca intervenir en la controversia actual sobre los métodos modernos de evangelización, aunque establece criterios pertinentes para resolver dicha disputa.

Asimismo, no constituye una crítica a los principios evangelísticos de ninguna persona en particular, aunque ofrece pautas para evaluar toda actividad evangelizadora.

¿De qué se trata, entonces? Es un argumento bíblico y teológico que busca esclarecer la relación entre tres realidades: la

soberanía de Dios, la responsabilidad del hombre y el deber evangelístico del cristiano. Este último es el tema central; la soberanía divina y la responsabilidad humana se analizan solo en la medida en que afectan a la evangelización. El objetivo de esta exposición es disipar la sospecha (común en ciertos sectores) de que la fe en la soberanía absoluta de Dios impide reconocer y asumir plenamente la responsabilidad evangelística, y demostrar que, por el contrario, es precisamente esta fe la que fortalece a los cristianos para cumplir con su labor evangelizadora.

No quisiera que se piense que, en cada punto, intento establecer una suerte de “ortodoxia de la I.V.F.”. Los límites de la “ortodoxia de la I.V.F.” se encuentran en la base doctrinal de la Fraternidad. Fuera de esos límites, los miembros tienen libertad, como decía John Wesley, para “pensar y dejar pensar”, por lo que ninguna opinión particular debe considerarse como la única válida. Respecto al tema que nos ocupa, es muy posible que no coincida con algunos miembros de la Fraternidad. Con todo, como autor, tengo derecho a mi propia opinión, y no se me puede pedir que oculte mis convicciones cuando las considero bíblicas, relevantes y, en sentido estricto, edificantes.

J. I. Packer

INTRODUCCIÓN

Los siervos de Cristo tienen el mandato de evangelizar en todo tiempo y lugar, y confío en que estas palabras sirvan de estímulo para dicha tarea. Asimismo, espero que cumplan otro propósito. Hoy en día, en el ámbito cristiano, existe una profunda reflexión y amplio debate sobre los métodos y medios de evangelización; por ello, me propongo abordar los factores espirituales que intervienen en ella, con la esperanza de que esto ayude a resolver algunas de las discrepancias actuales.

Mi tema principal aquí es la evangelización, y la trataré en relación con la soberanía de Dios. Por ello, no hablaré de la soberanía divina más allá de lo necesario para reflexionar adecuadamente sobre la tarea evangelística. La soberanía de Dios es un tema inmenso: abarca todo lo que la Biblia presenta de Él como Señor y Rey de Su creación, el Único que “obra todas las cosas conforme al consejo de Su voluntad” (Ef 1:11), dirigiendo cada proceso y ordenando cada acontecimiento para cumplir Su plan eterno. Examinar este tema a fondo exigiría profundizar no solo en la providencia, sino también en la predestinación y en la

escatología, lo cual excede nuestro propósito. El único aspecto de la soberanía divina que discutiremos aquí es Su soberanía en la gracia: Su obra todopoderosa para rescatar y atraer hacia Sí mismo a los pecadores perdidos por medio de Cristo.

Al analizar la relación entre la soberanía de Dios y la labor evangelística del cristiano, persigo un fin concreto. En la actualidad, existe la sospecha generalizada de que una fe firme en la soberanía absoluta de Dios termina por socavar cualquier noción adecuada de la responsabilidad humana. Se llega a creer que tal convicción perjudica la salud espiritual al fomentar una inercia complaciente y, en particular, que paraliza la evangelización, pues nos priva tanto de la motivación como del mensaje para llevarla a cabo. La suposición parece ser que nadie puede evangelizar con eficacia si no está dispuesto a ignorar, en la práctica, la doctrina de la soberanía divina. Intentaré demostrar que esto carece de fundamento. Más aún, procuraré mostrar que, lejos de ser un estorbo, la fe en la soberanía de Dios —tanto en Su gobierno como en Su gracia— es el único sustento real de la evangelización, ya que solo ella nos brinda la firmeza necesaria para evangelizar con valentía y perseverancia, sin acobardarnos ante los fracasos temporales. Por tanto, en lugar de verse debilitada por esta fe, la evangelización será inevitablemente frágil e inconstante si carece de ella. Espero que esto quede claro a medida que avancemos.

1

LA SOBERANÍA DE DIOS

No pretendo dedicar tiempo a demostrarte la verdad general de que Dios es soberano en Su mundo. No es necesario, pues sé que, si eres cristiano, ya lo crees. ¿Por qué lo sé? Porque entiendo que, como cristiano, oras; y el reconocimiento de la soberanía de Dios es la base de tus oraciones. Al orar, pides cosas y das gracias por ellas. ¿Por qué lo haces? Porque reconoces que Dios es el autor y la fuente de todo el bien que ya has recibido y de todo el bien que esperas recibir en el futuro. Esta es la esencia fundamental de la oración cristiana. La oración de un creyente no es un intento de forzar la voluntad de Dios, sino un reconocimiento humilde de su propia incapacidad y dependencia. Cuando estamos de rodillas, admitimos que no somos nosotros quienes controlamos el mundo; por tanto, no está en nuestro poder suplir nuestras necesidades mediante esfuerzos independientes. Todo lo bueno que deseamos, tanto para nosotros como para los demás, debe buscarse en Dios y llegará —si es que llega— como un don de Su mano. Si esto es cierto incluso para nuestro pan cotidiano (y la Oración del Señor nos enseña que así es), con

mucha mayor razón lo es para las bendiciones espirituales. Todo esto lo tenemos muy claro cuando oramos, independientemente de lo que podamos decir después al discutir. En efecto, cada vez que oramos, lo que hacemos es confesar nuestra propia impotencia y confiar en la soberanía de Dios. El hecho mismo de que un cristiano ore es, por consiguiente, una prueba evidente de que cree en el señorío de su Dios.

Tampoco voy a dedicar tiempo a probar la verdad particular de que Dios es soberano en la salvación, porque eso es algo que ya crees. Existen dos hechos que lo demuestran. En primer lugar, das gracias a Dios por tu conversión. Ahora, ¿por qué lo haces? Porque, en tu corazón, sabes que Dios fue absolutamente responsable de ella. Tú no te salvaste a ti mismo; Él te salvó. Tu gratitud es, en sí misma, un reconocimiento de que tu conversión no fue obra tuya, sino Suya. Estoy convencido de que jamás afirmarías que fue gracias a la casualidad o al azar que llegaras a estar bajo la influencia cristiana. Tampoco dirías que fue un accidente que asistieras a una iglesia, escucharas el evangelio, tuvieras amigos cristianos y, quizá, un hogar creyente; que la Biblia llegara a tus manos; o que reconocieras tu necesidad de Cristo y llegaras a confiar en Él como tu Salvador. Nunca atribuirías tu arrepentimiento y tu fe a tu propia sabiduría, prudencia, buen juicio o sentido común. Es posible que, en los días en que buscabas a Cristo, trabajaras y te esforzaras mucho, leyeras y reflexionaras bastante; pero todo ese despliegue de esfuerzo no hizo de tu conversión una obra propia. Y aunque tu acto de fe al unirte a Cristo fue tuyo —en el sentido de que fuiste tú quien lo realizó—, eso no significa que te hayas salvado a ti mismo. De hecho, de ningún modo se te ocurriría pensar tal cosa.

Si bien, al mirar atrás, asumes la culpa por tu ceguera, indiferencia y obstinación, y por haber evadido anteriormente el mensaje del evangelio, no te felicitas a ti mismo por haber sido finalmente vencido por la insistencia de Cristo. Ni por un momento pensarías en repartir el mérito de tu salvación entre Dios y tú, o en suponer que la contribución decisiva fue tuya y no Suya. Tampoco le dirías a Dios que, si bien agradeces los medios y las oportunidades de gracia que Él te concedió, realmente debes agradecerle a ti mismo —y no a Él— por haber respondido a Su llamado. Tu corazón se resiste a la sola idea de hablarle a Dios en esos términos. Por el contrario, le agradeces con la misma sinceridad tanto por el don de la fe y el arrepentimiento como el haberte dado un Cristo en quien confiar y a quien acudir. Este es el camino por el que tu corazón te ha guiado siempre, desde que te convertiste al cristianismo. Siempre le das a Dios toda la gloria por todo lo que implicó tu salvación, y sabes que sería una blasfemia negarte a agradecerle por haberte llevado a la fe. Así, por la manera en que piensas en tu conversión y das gracias por ella, reconoces la soberanía de la gracia divina. Y todos los demás cristianos del mundo hacen lo mismo.

En este sentido, resulta útil reflexionar en el relato que Charles Simeon hace de su conversación con John Wesley el 10 de diciembre de 1784 (fecha que aparece en el diario de Wesley):

—Señor, entiendo que a usted lo llaman arminiano y que a mí a veces me han llamado calvinista; por tanto, supongo que debemos desenvainar las dagas. Pero, antes de acceder a comenzar el combate, con su permiso le haré unas pocas preguntas [...] Dígame, señor, ¿se siente usted una criatura depravada, tan depravada que nunca habría pensado

en volverse a Dios si Dios no hubiera puesto primero ese deseo en su corazón?

—Sí —respondió el veterano—; ciertamente, así es.

—¿Y desconfía usted totalmente de recomendarse ante Dios por cualquier cosa que pueda hacer, y busca la salvación únicamente en la sangre y la justicia de Cristo?

—Sí, únicamente por medio de Cristo.

—Pero, señor, aun suponiendo que al principio fuera salvado por Cristo, ¿no debe luego, de alguna manera, salvarse usted mismo mediante sus propias obras?

—No, debo ser salvado por Cristo de principio a fin.

—Admitiendo, entonces, que al principio fue transformado por la gracia de Dios, ¿no debe de algún modo sostenerse después por su propio poder?

—No.

—¿Cómo?! ¿Entonces debe ser sostenido a cada hora y en cada momento por Dios, al igual que un niño en los brazos de su madre?

—Sí, por completo.

—¿Y está su esperanza enteramente puesta en la gracia y la misericordia de Dios para preservarlo para Su reino celestial?

—Sí, no tengo más esperanza que en Él.

—Entonces, señor, con su permiso, volveré a guardar mi daga; pues esto es todo mi calvinismo: esta es mi elección, mi justificación por la fe y mi perseverancia final. En esencia, esto es todo lo que sostengo, y tal como lo sostengo. Por tanto, si le parece bien, en lugar de buscar términos y expresiones que sean motivo de contienda entre nosotros, unámonos cordialmente en aquello en lo que estamos de acuerdo.

Existe una segunda forma en la que reconoces que Dios es soberano en la salvación: oras por la conversión de otros. Ahora bien, ¿en qué términos intercedes por ellos? ¿Te limitas a pedir que Dios los lleve a un punto donde puedan salvarse a sí mismos, independientemente de Él? No lo creo. Pienso que lo que haces es orar de forma categórica para que Dios, de manera sencilla y decisiva, los salve: que Él abra los ojos de su entendimiento, ablande sus corazones endurecidos, renueve su naturaleza e incline sus voluntades para recibir al Salvador. En pocas palabras, le pides a Dios que obre en ellos todo lo necesario para su salvación. Además, jamás sugerirías en tu oración que no le estás pidiendo que realmente los lleve a la fe, porque supuestamente reconoces que eso es algo que Él no puede hacer. ¡Por el contrario! Cuando oras por personas que no se han convertido, lo haces partiendo de la premisa de que Dios tiene el poder de llevarlos a la fe. ¡Y eso es precisamente lo que le pides que haga! Tu confianza para orar descansa en la certeza de que Él es capaz de hacer lo que le pides. Y así es Él en realidad. Por tanto, esta convicción, que anima tus intercesiones, es la propia verdad de Dios, escrita en tu corazón por el Espíritu Santo. Al orar, entonces (y el cristiano muestra su mayor sensatez y sabiduría cuando ora), admites que es Dios quien salva a los hombres; sabes que lo que hace que los hombres se vuelvan a Dios es Su propia obra de gracia al atraerlos hacia Sí mismo; y el contenido de tus oraciones está determinado por este conocimiento. Así, mediante tu práctica de la intercesión, como al dar gracias por tu conversión, reconoces y confiesas la soberanía de la gracia divina. Y esto mismo es lo que hacen todos los cristianos en todas partes.

Existe una controversia de larga historia en la Iglesia acerca de si Dios es realmente Señor en relación con la conducta

humana y la fe salvadora. Lo que hemos dicho hasta aquí nos muestra cómo debemos considerar esta disputa. La situación no es lo que parece: no es verdad que algunos cristianos creen en la soberanía divina mientras que otros sostengan una opinión opuesta. Lo que es cierto es que todos ellos creen en la soberanía divina, pero algunos no son conscientes de ello, e imaginan e insisten erróneamente en rechazarla. ¿Cuál es la causa de este extraño estado de las cosas? La causa fundamental es la misma que en la mayoría de los casos de error dentro de la iglesia: la intrusión de especulaciones racionalistas, el afán por la coherencia sistemática, la resistencia a reconocer la existencia del misterio, a admitir que Dios es más sabio que los hombres, y el consiguiente sometimiento de la Escritura a las supuestas exigencias de la lógica humana. Las personas ven que la Biblia enseña la responsabilidad que el ser humano tiene por sus acciones, pero no ven (el hombre, de hecho, no puede ver) cómo esto es coherente con el señorío soberano de Dios sobre esas acciones. En lugar de conformarse con dejar que las dos verdades coexistan, tal como aparecen en las Escrituras, se apresuran a concluir que, si quieren defender la verdad bíblica de la responsabilidad humana, están obligados a rechazar la doctrina —igualmente bíblica y verdadera— de la soberanía de Dios. En consecuencia, siempre intentan explicar de otra manera la gran cantidad de textos que la enseñan. El deseo de simplificar demasiado la Biblia eliminando sus misterios es una tendencia natural de nuestra mente caída, y no es de extrañar que incluso buenas personas sean víctimas de ello. De ahí esta disputa persistente y problemática. Sin embargo, la ironía es que, cuando preguntamos a ambas partes cómo oran, resulta evidente que aquellos que profesan negar la

soberanía de Dios realmente creen en ella con la misma fuerza que quienes la afirman.

Entonces, ¿cómo oras? ¿Le pides a Dios tu pan cotidiano? ¿Le das gracias por tu conversión? ¿Oras por la conversión de otros? Si la respuesta es “no”, lo único que puedo decir es que me temo que aún no has nacido de nuevo. Pero si la respuesta es “sí”, bueno, ello demuestra que, sea cual sea la postura que hayas tomado en los debates sobre este tema en el pasado, en tu corazón crees en la soberanía de Dios con tanta firmeza como cualquier otra persona. De pie podemos discutir, pero de rodillas todos estamos de acuerdo. Y es este acuerdo común, del cual nuestras oraciones dan fe, lo que tomo ahora como nuestro punto de partida.

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra
del libro *La evangelización y la soberanía de Dios*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!